

PADRE AMORTH

El diablo

Una investigación contemporánea



SAN PABLO



SAN PABLO

Es espíritu puro

Fuera del tiempo y el espacio, Dios creó todo. Creó los ángeles, seres perfectos y libres. Uno de ellos, se dice que era el más bello de todos, usó su libertad contra Dios. Se rebeló contra Dios, en otras palabras. Satanás es su nombre, es llamado «diablo» en la Sagrada Escritura.

El término «diablo» deriva del latín tardío *diabolus*, traducción desde la primera versión de la *Vulgata* (siglo V d.C.) del griego *diábolos*, derivado del verbo *diabállo*, «dividir»; significa, entonces, «el que divide», «calumniador», «acusador». En efecto, todo esto es el diablo: el gran acusador, el mentiroso, aquel que siembra división y propaga el mal.

Siendo espíritu puro, fue superior al hombre hasta la encarnación de Cristo. Con la encarna-

ción, el hombre, en cuanto completamente uno con Cristo, deviene superior a todos, incluido el diablo. Pero este sigue siendo lo que es: inteligente, artero, astuto. Jefe de un ejército de espíritus rebeldes; es decir, de espíritus que voluntariamente se rebelaron contra Dios como lo hizo también el diablo. ¿Dónde están?, ¿dónde existen? «Los demonios nos envuelven completamente», dice san Pablo. Así que están en todas partes. Si pudieran verse, oscurecerían el cielo en pleno día. Son una multitud, un ejército inmenso, imposible de enumerar.

Al principio, Satanás era un ángel bueno, así lo quiso Dios. «*Diabolus enim et alii daemones a Deo quidem natura creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali*» (El diablo, de hecho, y los otros demonios fueron creados por Dios naturalmente buenos, pero por sí mismos se transformaron en malos), escribe la Iglesia en las actas del concilio de Letrán.

Aunque fue creado desde el inicio en Jesucristo, por medio de Jesucristo y por Jesucristo, y, por tanto, creado para el paraíso, el diablo quiso ser como Dios y por orgullo le desobedeció. La Escritura habla de este pecado en términos precisos. Esta

caída consiste en que estos espíritus creados, por libre elección, rechazaron a Dios y a su Reino radical e irrevocablemente. El *Catecismo de la Iglesia católica* afirma:

«Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: “Serán como dioses” (Gén 3,5). El diablo es “pecador desde el principio” (1Jn 3,8), “padre de la mentira” (Jn 8,44)» (CCE 392).

Para este pecado, el pecado de rebelarse contra Dios, no hay perdón. La causa de que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado es el carácter irrevocable de su decisión, no un defecto de la infinita misericordia divina. «No hay posibilidad alguna de arrepentimiento para ellos después de la caída, así como tampoco hay posibilidad de arrepentimiento para los hombres después de la muerte», escribe san Juan Damasceno.

¿Satanás podrá regresar al paraíso al final de los tiempos? No, porque su elección es definitiva, para siempre. Y él fue el que lo quiso así. De algún modo, Dios es impotente ante su libertad,

una libertad que se ejerce fuera del tiempo y el espacio. Así pues, ha hecho su elección real y definitiva fuera de las categorías que nosotros conocemos.

La Escritura atestigua la nefasta influencia en el mundo de aquel a quien Jesús llama «homicida desde el principio» y que incluso ha intentado distraerlo de la misión que el Padre le ha confiado. «El Hijo de Dios apareció para destruir las obras del demonio», dice el evangelio de Juan. De estas obras, la más grave en sus consecuencias es la seducción mentirosa que induce al hombre a desobedecer a Dios.

Ciertamente, la influencia en el hombre es nefasta. Pero no es ilimitada. En efecto, el *Catecismo* nos recuerda que el poder de Satanás no es infinito. Él no es más que una creatura, poderosa por el hecho de que es espíritu puro, pero sigue siendo una creatura; en otras palabras, no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Si bien Satanás actúa en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y si bien su acción causa graves daños –de naturaleza espiritual e indirectamente también de naturaleza física– en cada hombre y

en la sociedad, es necesario decir que esta misma acción es permitida, de algún modo, por la providencia divina, que guía la historia del hombre y del mundo con fuerza y dulzura. La permisión divina de la actividad diabólica es un gran misterio, pero «nosotros sabemos que Dios ordena todas las cosas para bien de los que le aman» (Rom 8,28).

¿Quién es el diablo? ¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Cuánto poder tiene? ¿Cómo se manifiesta su obra destructora en la vida de los hombres? ¡Cuántas veces me han hecho estas preguntas! ¡Y cuántas veces he tenido que responderlas! Pero aún hoy no me canso de hacerlo. Como exorcista de la diócesis de Roma desde 1986, a menudo me preguntan creyentes y no creyentes por la naturaleza de aquel a quien estoy llamado a combatir a diario. Pero yo solo sé aquello que la Escritura también conoce, lo que todos pueden saber si se apoyan en el *Catecismo* y en las enseñanzas de la Iglesia. No sé nada más. Y eso ya es mucho, pues lo importante es saber una sola cosa: que él existe y que actúa contra el hombre y contra el mundo, actúa desde la profundidad de su reino de muerte, el infierno. Entiéndase bien: en el más allá no hay

tiempo ni espacio, y, por tanto, no se puede decir propiamente que el infierno sea un lugar, sino que es, sin más, una condición en la cual se encuentran los condenados y, con ellos, los demonios, aquellos que voluntariamente han rechazado a Dios. En efecto, el infierno describe su condición: espíritus y almas que han rechazado de una vez y para siempre a Dios. Una condición terrible, de separación del amor de Dios, un estado libremente –y por tanto dramáticamente– abrazado.

El Reino de Dios es regulado por el amor; el reino de Satanás es dominado por el odio. Los demonios se odian entre sí y su jerarquía se basa en el terror.

Un día estaba liberando a una persona poseída por un demonio que ni siquiera estaba entre los más fuertes, le pregunté:

—¿Por qué no te vas?

—Porque si me voy, Satanás me castiga –respondió.

El objetivo de la existencia de los demonios es arrastrar al hombre al pecado y llevarlo al infierno, pues todos deberían descender al abismo en el que

ellos están. Y esto es lo que les pide aquel del cual son esclavos y súbditos: Satanás.

El diablo le pide al hombre tres cosas: que haga lo que quiere, que no se deje mandar por nadie, que cada cual sea el dios de sí mismo.

Su método es siempre el mismo: negar su existencia y la del infierno, y mostrar el mal como un bien, como una ganancia. En suma, al hacerle creer al hombre que el infierno no existe, lo empuja a él arrastrándolo a su abismo mortal. Pero Cristo vino para despertar al hombre, para recordarle que el diablo existe y que quien no está con Él está contra Él: o se está con Cristo o se está con Satanás, no hay términos medios.

Todos los hombres han sido pensados desde la eternidad, creados por Dios y creados inmortales. Creados por medio de Jesucristo y por Jesucristo. El fin de nuestra vida, el fin de la creación entera, es Él: Jesucristo. Hemos sido creados para vivir eternamente con Él, para vivir de su misma gloria. También los ángeles han sido creados por el mismo motivo. Pero los ángeles que se volvieron demonios escogieron libremente el mal y para ellos no hay redención. También los santos a quienes les

ha sido concedido ver el infierno dan testimonio de esta verdad: para los diablos no hay redención.

Pero al hombre, mientras esté vivo, le ha sido dada la posibilidad de escoger el bien –es decir, la misericordia de Dios– o el mal.

© SAN PABLO

Índice

	<i>Págs.</i>
I. Es espíritu puro.....	7
II. Vive en el infierno.....	15
III. Actúa de un modo ordinario y extraordinario.....	31
IV. Contra él obran los exorcistas.....	43
V. La posesión demoníaca	51
VI. Las prácticas del exorcismo.....	63
VII. Antes de la posesión	75
VIII. Después de la posesión.....	85
IX. Fe, oración y ayuno	95
X. Las falsas creencias.....	105
XI. Cómo hablarles a los niños	115
XII. Las oraciones de liberación	121
XIII. El diablo según el papa Francisco.....	129